

Los fenómenos históricos como catalizadores del cambio lingüístico. El inglés medieval*

Historical Phenomena as Catalizers of Linguistic Change.
Medieval English

M.^a DEL CARMEN GUARDDON ANELO
DPTO. DE FILOLOGÍAS EXTRANJERAS. UNED

RESUMEN

Conocer la verdadera naturaleza del lenguaje se enfrenta a una dicotomía clásica que se estableció en el pasado siglo y que aún sigue vigente. La cuestión es si constituye un sistema autónomo de referencia, arbitrario y regido por sus propios algoritmos o si por el contrario es una facultad más del sistema cognitivo humano, eso sí, de alta complejidad. Los estudios diacrónicos parecen proporcionar sólida evidencia a favor de la segunda opción. En concreto, el inglés medieval en la etapa que va desde los siglos XI a XV experimentó una vorágine de cambios a diversos niveles que aún hoy en día resultan sorprendentes no sólo a anglicistas sino a diacronistas en general. Está demostrado que muchos de estos cambios fueron motivados por los eventos históricos que acaecieron a esta comunidad lingüística. Esto nos indica que la lengua refleja irremisiblemente el devenir de sus usuarios y evoluciona con los mismos. Por lo tanto, su carácter autónomo no debe promulgarse más allá de las características inherentes de la

ABSTRACT

The knowledge of the true nature of language faces a long-running dichotomy which came on the scene in the last century and is still in force. The point is whether language constitutes an autonomous reference system, arbitrary and ruled by its own algorithms or, on the other hand, is one more faculty of the human cognitive system, though highly complex. Diachronic analyses seem to provide solid evidence supporting the latter option. Specifically, Medieval English, from the 11th to the 15th c. experienced an astonishing number of changes at different levels. These changes still puzzle not only experts in English philology but diachronic linguists in general. It has been proved that most of these developments were motivated by the historical events that occurred in this linguistic community. This indicates that language is bound to reflect the evolution of its users and evolves with them. Therefore, the autonomous character of language must not be propounded beyond the features inherent to the anatomy of the

* La ejecución de este artículo ha sido financiada por el proyecto HUM2005-08221-C02-01/FILO, cuyo director es el Dr. Bernárdez Sanchis (UCM).

anatomía de los órganos implicados en la producción y comprensión lingüísticas, así como de las propias constricciones del código.

organs involved in the production and comprehension of linguistic data, as well as the intrinsic restrictions of the linguistic code.

PALABRAS CLAVE

KEY WORDS

Inglés Medieval, Convivencia entre Culturas, Cambio Lingüístico, Interacción entre las Ciencias Humanísticas.

Medieval English, Cultural Contact, Linguistic Change, Interaction between Humanistic Sciences

1. UNA NUEVA VISIÓN SOBRE EL LENGUAJE: LA ESCUELA COGNITIVA

La aplicación de los postulados cognitivistas al estudio de la lengua ha puesto en tela de juicio los fundamentos de escuelas de máximo impacto, como el generativismo. Los generativistas han proclamado reiteradamente el

carácter innato y arbitrario de la lengua y esta creencia ha determinado su manera de encarar la investigación lingüística. A modo de ejemplo podemos mencionar que a menudo los estudios diacrónicos han sido relegados a un segundo plano, en el convencimiento de que un corte sincrónico es suficiente para describir las estructuras intrínsecas de la lengua, también conocidas como *estructura profunda*. Desde esta perspectiva, las diferencias existentes entre dos estadios diferentes de la lengua se explicaría como alteraciones de los sistemas de reglas existentes en cada período. Estas diferencias podemos verlas de una manera más gráfica cómo aparece a continuación:

1. ESTADIO X {a, b, c} ESTADIO Y {a, c}
2. ESTADIO X {a, b, c} ESTADIO Y {a, b, c, d}
3. ESTADIO X {a, b, c} ESTADIO Y {b, c, a}

En (1) vemos cómo la evolución de la lengua está determinado por la desaparición de la regla que por denominamos (b). En (2) el cambio lingüístico está determinado por la adición de una nueva regla (d). Finalmente, en (3) no se ha producido ni la pérdida ni la adición de una nueva regla sino una modificación en el orden en que las mismas operan.

Otra escuela de gran dominancia en el siglo pasado, fue el estructuralismo, con su consideración inmanentista de la lengua. Una lengua se explica en función de la estructuras que la que conforman y de las relaciones (sintagmáticas y paradigmáticas) que se derivan de su propio funcionamiento. Por lo tanto, para su estudio se hace innecesario el estudio de fenómenos o circunstancias externos a la misma, incluyendo otras lenguas.

Por su parte, el auge del cognitivismo en la segunda mitad del siglo XX ha supuesto un acicate en la renovación de las pautas de investigación que habían en gran parte dominado el campo de la investigación lingüística hasta ese momento: a) Se desecha definitivamente la existencia de dos niveles estructurales en la lengua; el que se manifiesta en la producción de los hablante o *estructura superficial* y la estructura profunda. La segunda se correspondería con la «verdadera» organización lingüística; y b) La lengua deja de considerarse un sistema de categorización arbitrario. Así, la psicóloga norteamericana Eleanor Rosch, con su teoría de los prototipos demostró en los setenta que la lengua es un sistema flexible que adquiere su valor referencial atendiendo a la programación cognitiva de los individuos que la usan. Un gran papel en este sentido se asigna a la concepción que los hablantes tienen del mundo. Esta concepción es en parte una herencia cultural y en parte viene determinada por la forma en la que físicamente los hablantes se desarrollan y desenvuelven en su medio.

Toda esta variación en la perspectiva de análisis puede entenderse con la afirmación de la Dra. Tejada (2000: 52) cuando asegura que «Las disciplinas lingüísticas son en sí mismas hechos sociales». Por lo tanto, están sujetas a la misma evolución que otras disciplinas o manifestaciones humanísticas como la filosofía o el arte. Así, una revisión de distintas escuelas filosóficas o tendencias artísticas presentan a las mismas como un producto de los eventos históricos y culturales que tuvieron lugar en la época que las originaron. Esta perspectiva aplicada a todas las llamadas ciencias sociales ha producido una revitalización de la historia, que se ha erigido de este modo en una especie de ciencia social central que se solapa a distintas áreas de estudio. La escena actual de los estudios lingüísticos no constituye una excepción en este sentido. Esto podemos constatarlo observando la nueva dirección que está tomando la investigación en las ramas fundamentales en las que se divide la lingüística, verbigracia, la fonética, la semántica e incluso aquellas que se refieren a cuestiones estructurales como la sintaxis. Pero es realmente en los aspectos diacrónicos de estas ramas de la lingüística donde la dependencia del contexto histórico se manifiesta de una manera abrumadora. Por dependencia nos referimos a la necesidad de someter los datos lingüísticos a la luz de los eventos históricos con los que coinciden temporalmente.

No nos queda más remedio que reconocer un hecho, por mucho énfasis que tradicionalmente se haya hecho en dotar a los resultados de la investigación lingüística de una objetividad y predictibilidad propios de la ciencias naturales, el estudio de una lengua muerta no puede considerarse una ciencia empírica. Sencillamente, porque no es observable como proceso. En este sentido existen notables diferencias entre el estudio de la lengua y otros fenómenos sociales como, por ejemplo, el arte. El especialista en historia del arte puede describir los estilos que confluyen en un templo, o en su caso, definir las características que lo hacen único. Pero, en cambio, los textos no reflejan la realidad lingüística de un momento dado, sino de su variedad escrita, la cual se ve a su vez determinada

por el género en el que se engloba el texto, la idiosincrasia del autor, las cuestiones pragmáticas que rodean a la creación del texto, etc. En otras palabras, la lengua mantiene unas relaciones demasiado complejas con su entorno que dificultan su estudio cuando ya no se da como fenómeno. Esta complejidad la describió Paloma Tejada así: «Los textos son en realidad hechos de habla. Es decir, a partir de un manuscrito o una inscripción, el investigador histórico no puede decidir si determinado fenómeno lingüístico es una peculiaridad del idiolecto del autor, ha servido para una necesidad particular de un hablante concreto o si, por el contrario, corresponde a la norma de un grupo de personas. Tampoco puede aproximarse a hablantes nativos para que éstos le confirmen sus hipótesis o intuiciones. Es por esto por lo que las representaciones que ofrecen los lingüistas históricos resultan, en el mejor de los casos, aproximaciones a la realidad (2000: 55)». De ahí la necesidad imperiosa de conocer el ámbito sociocultural en el que se desenvuelve la lengua con objeto de obtener una visión lo más cercana a la realidad y una explicación más coherente de los hechos lingüísticos, particularmente del cambio. Esta nueva aproximación al cambio lingüístico se ha materializado en la aparición a mediados de los setenta de un nuevo método de investigación dentro de la lingüística histórica que se ha dado en conocer como el *método socio-histórico*.

Por último, cabe destacar que una de las coyunturas que revitalizaron el método socio-histórico es la de haber aparecido paralelamente a la escuela de lingüística cognitiva. Los miembros de esta escuela se han esforzado en demostrar, hasta hora con éxito, que el lenguaje no puede ser estudiado sin alusión al devenir de sus usuarios. Por *devenir*, no sólo aludimos a los eventos históricos en los que se ven envueltos los usuarios de una lengua sino a las modificaciones en su sistema conceptual. Este sistema se adaptará a las necesidades comunicativas de los hablantes, a medida que son detectadas por estos en los procesos de transmisión de información. La innovación lingüística no se produce de la nada, incluso en las ocasiones en las que aparentemente es así. Más bien, el lingüista debe asumir que aún no ha sido capaz de demostrar qué ha motivado un cambio determinado. Por ejemplo, una fuente de recursos para cubrir las necesidades que se presentan en un momento dado en el uso de una lengua es con frecuencia otra lengua. Por este motivo, el contacto entre lenguas es un detonante de cambio lingüístico. En las próximas secciones vamos a ver cómo el léxico, la morfología, la fonología y la sintaxis de la lengua inglesa han evolucionado sin precedentes hasta el punto de que el inglés del siglo XI resulta prácticamente irreconocible a un hablante del siglo XXI. La brutal evolución que ha experimentado esta lengua parece ser el resultado de la convulsa historia de invasiones e intercambios que los habitantes de la Isla sufrieron y protagonizaron. Estos acaecimientos históricos produjeron el inevitable cruce lingüístico entre los habitantes de la Isla y otros pueblos. Todo ello, como veremos a continuación, motivó los cambios que han moldeado el inglés actual.

2. EL INGLÉS ES UNA LENGUA GERMÁNICA

La continua expansión de las tribus germánicas por Europa condujo a la llegada de tres de las mismas a Gran Bretaña en el siglo V de nuestra era: los Jutos, los Sajones y los Anglos. Parece ser, aunque no hay total seguridad en este sentido, que la cuna de los Jutos y los Anglos estaba en la actual Dinamarca. Mientras, la de los Sajones se encontraba al sur-oeste de aquéllos, en la región comprendida entre los ríos Elba y Ems e incluso puede que llegaran al Rin. Estos pueblos paulatinamente desposeyeron de su territorio a los Celtas que ocupaban originalmente la Isla. La lengua que las tribus germánicas hablaban constituyó la base de la lengua inglesa. No sabemos hasta qué punto la lengua de las tres tribus se diferenciaban, pero en cualquier caso, es seguro que las diferencias eran bastante livianas y se entendían entre sí. Con la consolidación de su poder en la Isla se estableció paulatinamente el uso de la lengua germánica que hablaban. Al mismo tiempo, los distintos dialectos Celtas que hasta entonces habían dominado la realidad lingüística de Gran Bretaña fueron progresivamente empujados hasta los reductos del Norte, lo que en gran parte refleja la situación lingüística actual. La rama gaélica sobrevive en el irlandés, el escocés y un dialecto hablado en la Isla de Man, Manx. La rama britónica está menos representada y ha quedado relegada al galés, el córnico, que se hablaba en la región de Cornualles, y desapareció en el s. XVIII, y el bretón.

Sin entrar en detalles sobre la resistencia de los Celtas al definitivo asentamiento de los germánicos en la Isla, el escenario con el que contamos es el de un territorio donde la supremacía política y militar de sus nuevos habitantes conlleva, como la historia nos muestra reiterativamente, al establecimiento definitivo de la lengua de los que gestionan el poder. Con la particularidad, como sucedió en todo el alto medioevo europeo, de que la producción literaria se localiza exclusivamente en los monasterios y, por tanto, ve la luz en Latín. Es con Alfredo el Grande, rey de Wessex (871-899), con quién se da un florecimiento del Anglo-Sajón como lengua literaria. Este impulso a la lengua se enmarca dentro de la profunda actividad cultural que promovió durante su reino. Alfredo fue de hecho la primera persona que nombró esta lengua vernácula en la propia lengua: *enzlisc*.¹ Finalmente, cuando fue necesario darle un nombre a todo el país se utilizó *Englaland* 'England'. Las primeras manifestaciones en la lengua vernácula fueron traducciones de textos latinos de prestigio. El único texto que se conserva escrito directamente en Inglés Antiguo, es decir, no es una traducción de un texto latino, es la *Crónica Anglo-Sajona*, la cual se inició durante el reinado de Alfredo y posee un valor historiográfico incontestable. En esta crónica histórica se puede apreciar las altas cotas de calidad que llegó a alcanzar la prosa anglo-sajona.

¹ Entendemos por lengua vernácula aquella que es propia de un lugar, en este caso el anglo-sajón o Inglés Antiguo.

3. INFLUENCIAS DE OTRAS LENGUAS EN EL INGLÉS

La invasión normanda en el siglo XI supuso un auténtico revulsivo en el panorama lingüístico de la Isla. El francés somete temporalmente el inglés dejando una huella profunda no sólo a nivel léxico sino también gramatical y fonético. Pero esto lo veremos más adelante y ahora nos centraremos en otras influencias no tan notorias pero sí dignas de ser mencionadas que tuvieron lugar anteriormente. Así mismo, veremos cómo éstas son el resultado del devenir histórico de la Isla, sin cuya explicación no se podrían entender los hechos propiamente lingüísticos. Concretamente son tres los pueblos que dejan su huella en la lengua inglesa antes de la invasión normanda.

En primer lugar, nos referiremos a los Celtas. La interacción de sus lenguas con el inglés es consecuencia, como mencionamos anteriormente, de la invasión de estos pueblos que habitaban la Isla originalmente, y la progresiva asimilación de la mayor parte de los mismos por parte de las tribus germánicas. Rastros de esta convivencia los encontramos sobre todo en topónimos: *Kent*, *Devonshire* o *Cornwald*. Uno muy familiar para el lector es, sin duda, el nombre del río más famoso de Inglaterra el *Thames* 'Támesis'. Los intentos de cristianización de la Isla por parte de un grupo de misioneros irlandeses liderados por St. Columba también influyeron en la lengua, como se puede observar en préstamos como *cross* 'cruz' y *mind* 'diadema'. En cualquier caso, teniendo en cuenta que los Celtas fueron el pueblo dominado, y por tanto social y políticamente sometido, tiene sentido que la influencia de sus lenguas en el Inglés Antiguo fuera también poco significativa.

En segundo lugar, hallamos un proceso bien diferente en relación con el Latín. Los romanos llegaron a la Isla antes que los pueblos germánicos y la relación de esta lengua cargada de prestigio se prolongó durante siglos y tomó diferentes formas una vez más según los dictámenes de la evolución del pensamiento y la cultura occidentales. Primero, antes de que los Anglo-Sajones llegasen a la Isla, estos ya tuvieron contacto con los romanos en el continente de tipo comercial y militar. Recordemos que los romanos contrataban legionarios germánicos para atender las necesidades defensivas que imponía su dilatado imperio. La segunda vía está relacionada de la invasión de Inglaterra por el Imperio Romano, que se localiza cinco siglos antes de la llegada de los germánicos a la Isla. Los romanos dejaron ya vocablos latinos en las lenguas celtas, a través de las cuales entraron en el Inglés Antiguo. La tercera vía por la que entró el Latín fue mucho más relevante. Se generó siglo y medio más tarde de la llegada de los germánicos y vino de la mano de los misioneros romanos y la consiguiente conversión de los ingleses al cristianismo. Es lógico pensar que con el impacto de una nueva religión se adquieran de la lengua portadora los términos necesarios, *préstamos*, para referirse a los nuevos conceptos presente en su doctrina, así como los objetos que se utilizan en su liturgia. Esto es un ejemplo más de cómo los desarrollos sociales afectan al lenguaje. De hecho, como explica Enrique Bernárdez: «Normalmente (y es cuando se dice que se trata de préstamos útiles) las palabras se toman de otras lenguas por-

que representan objetos, acciones, etcétera, antes desconocidos: al incorporar el objeto incorporamos también la palabra (1999: 269).» La introducción del Cristianismo, como era de esperar, tuvo sus efectos a nivel institucional y educacional. Se construyeron iglesias y también monasterios, en los más importantes de los cuales se establecieron además escuelas donde enseñaron figuras destacadas como el obispo griego Teodoro de Tarso que llegó a ser nombrado Obispo de Canterbury. En dichas escuelas además de la formación en las Sagradas Escrituras, se enseñaba poesía, astronomía, y computación del calendario católico y por supuesto, se hizo profundo énfasis en la enseñanza del latín y el griego. Uno de los más sobresalientes intelectuales de la época y de toda la literatura británica fue Beda el Venerable a quien debemos la mayor parte de nuestro conocimiento sobre el primer período de la historia británica, que nos legó en su libro *La historia eclesiástica de los ingleses*, que escribió, como cabría esperar, en latín.

En el siglo VIII se iniciaron las incursiones vikingas en Gran Bretaña. El cebo lo constituyeron los prósperos monasterios, que si bien tuvieron como finalidad primaria ser el cáliz protector de la fe, pronto hicieron gala de gran poder económico y político. En ellos se atesoraban todo tipo de riquezas desde aquéllas de carácter agropecuario, a obras de arte de gran valor material, y por supuesto, joyas y dinero. Al mismo tiempo estos emporios estaban por lo general bastante desprotegidos, pues habían asumido su seguridad gratuitamente. En una segunda fase, ya en el siglo IX las invasiones fueron adquiriendo un cariz mucho más territorial. Combatir a un enemigo que podía atacar en cualquier momento en una larguísima costa era hartamente difícil. Estas incursiones fueron cada vez más frecuentes y más organizadas. Tras diversas escaramuzas de tipo menor, en 865 una fuerza armada Danesa llegó al este de la Isla, a la zona conocida como East Anglia. Avanzó hasta el Oeste y en Wessex se libraron diversas batallas durante años. El rey Alfredo el Grande, que se manifestó como un excelso estratega, evitó el dominio absoluto de la Isla por los invasores (Encyclopædia Británica 2004). Alfredo efectuó una denodada y sabia reconquista y llegando a Londres en 886 fue aceptado como rey por todos los ingleses de las zonas no invadidas por los daneses. La mayoría de los estos pueblos nórdicos mantuvieron su lengua. Los constantes ataques y asentamientos aseguraron su presencia cultural y lingüística durante décadas. Este intercambio si duda produjo la recepción de un considerable número de términos, el problema es que siendo ambas lenguas de origen germánico la similitud de las mismas dificulta el discernimiento de los préstamos nórdicos. Sabemos que por ejemplo las palabras que en inglés presentaban la secuencia consonántica *sh-*, con el consiguiente sonido palatal, en la rama escandinava presentaba *sk-*, con una pronunciación velar. Esto nos indica que palabras como *sky* 'cielo', *skin* 'piel' o *skill* 'habilidad' son claros préstamos escandinavos.

4. EL INGLÉS CONQUISTADO

El acontecer político de los siglos X y XI, sobre el cual no nos podemos detener aquí, condujo a la invasión y conquista de Inglaterra por una dinastía normanda li-

derada por Guillermo el Conquistador. Los normandos aprendieron mucho de los ingleses, y aunque éste es un punto controvertido, lo cierto es que Guillermo en un principio intentó gobernar el país a través de los propios ingleses. Sin embargo, muy pronto este ideal fue reemplazado por la aplastante realidad: la profunda *normandización* de la Isla. Esta normandización supuso, en primer lugar, la ocupación no sólo de las instituciones estatales sino también de las altas jerarquías eclesiásticas.

La influencia francesa no sólo se reflejó en los citados ámbitos, sino que también se materializó en otras esferas más *mundanas*: en la moda, la gastronomía, la arquitectura, el arte y en las costumbres en general. Pero sobre todo, la llegada del francés supuso el mayor revulsivo en la historia de la lengua inglesa. Entre los principales efectos a nivel lingüístico cabe apuntar, en primer lugar, la pérdida de prácticamente la totalidad del sistema casual del inglés, a diferencia de otras lenguas germánicas, como el alemán, que conservan hoy en día una parte notable de su flexión. En segundo lugar, mencionaremos la pérdida de una notable cantidad de vocabulario germánico. La importancia de esta pérdida se traduce en que en la actualidad, en lo que a léxico se refiere, el inglés es tanto una lengua romance como lo es germánica. En resumen, el francés se convirtió en la lengua de prestigio por ser la lengua de la clase dominante y de las clases altas sajonas que tenían un contacto más fluido con los anteriores. Pero, nótese que este contacto era unidireccional en el sentido de que en el contexto, por ejemplo, de matrimonio entre normando y sajón, era el miembro de extracción sajona el que aprendía francés y experimentaba la inmersión en la cultura de su cónyuge. Por otro lado, el anglosajón permaneció como lengua de comunicación del pueblo llano, cuyas oportunidades de contacto con los nobles normandos eran absolutamente nulas. Como mencionan Baugh and Cable (2006: 114), doscientos años más tardes el francés seguía siendo la lengua de la clase alta que sólo ocasionalmente aprendían algo de inglés, pero sin una intención definida. Es decir, no existía un interés por aproximarse a la cultura, ni por tanto a la lengua primaria del territorio que ya se había convertido en su patria. De este modo, podemos decir que la división entre los que hablaban francés e inglés no era de naturaleza étnica sino que respondía a diferencias sociales. Existe también una importante circunstancia que no debe pasarnos desapercibida; años después de la invasión normanda nos encontramos con un país absolutamente bilingüe. Sin embargo, en contra de lo que expresa gran parte de la literatura de la época, la lengua inglesa no se relega a la clase desheredada, el campesinado más pobre. También existía una clase media acomodada, cosmopolita e intelectualmente inquieta que hablaba inglés.

Si hasta ahora, por motivos puramente prácticos, los nobles de origen normando no se habían aproximado culturalmente al mundo sajón y, por lo tanto, tampoco a su lengua, los acaecimientos políticos darán lugar a nuevo orden de cosas. La extensión del imperio normando estaba dificultando la defensa de sus fronteras, por lo que en 1204, para facilitar el control del territorio, se aprobó una ley que obligaba a los grandes terratenientes a establecerse a un lado u otro del canal. En

consecuencia los miembros de esta clase que decidieron afincarse definitivamente en Inglaterra iniciaron de alguna forma lazos con la que de ahí en adelante sería la patria de sus hijos. Esta ley condenó el bilingüismo que se prolongaría como máximo durante dos generaciones más. No obstante, pese a lo que pueda parecer, esto no supuso la desaparición absoluta del francés. La desaparición del bilingüismo hizo con mayor motivo del francés un elemento distintivo. Durante ese siglo y el siguiente los nobles encontraron en esta lengua un medio para marcar su estatus a través de su conocimiento y uso. Debemos señalar que este uso se ceñía cada vez más a contextos limitados. De cualquier forma, esto es algo de lo que hablaremos en la siguiente sección, a continuación vamos a exponer algunas que características concretas que el inglés adquirió en esta época y que han sobrevivido hasta nuestros días.

No debemos soslayar la relevancia del hecho de que el inglés estuviese conviviendo en el sentido más literal del término con otra lengua, el francés, por el sinnúmero de consecuencias de distinta índole que esta eventualidad acarreó a la lengua vernácula. Una de ellas fue fonológica, por ejemplo, el Inglés Antiguo contaba con un conjunto de fricativas sordas que representamos convencionalmente como sigue: /f, θ, s, ʃ, h/. A este conjunto no le correspondía otro de fricativas sonoras, como sucede en la actualidad. Sin embargo, varias palabras francesas conteniendo el fonema fricativo sonoro /v/ fueron paulatinamente invadiendo el inglés, por lo que finalmente éste adquirió dicho sonido. La adquisición de este fonema, como diríamos en lingüística, rompió la simetría del sistema. Puesto que contamos con cinco fonemas fricativos sordos a los que corresponde un conjunto con un solo fonema fricativo sonoro. Esta desigualdad se hizo más patente cuando el inglés, a base de asimilar nuevos elementos léxicos del francés, adquirió un nuevo fonema que representamos con el símbolo /ʒ/, o más fácil para aquéllos que no están familiarizados con estos símbolos pero que hablan francés, el sonido al que nos referimos es el que encontramos en el pronombre de primera persona singular *je*. Por otro lado, justo en este momento los dos fonemas fricativos sordos /θ/ y /s/ se dividieron respectivamente en dos pares contrastivos sordo y sonoro: /θ/ y /ð/, y /s/ y /z/. De esta manera, el conjunto de fonemas fricativos del inglés actual debe su forma a la convivencia de dicho idioma con el francés, y en última instancia a los fenómenos socio-políticos que motivaron dicha convivencia.

Por otro lado, el inglés que hasta hacía poco había conservado de una forma más o menos intacta un rico sistema casual en el que encontrábamos una forma singular y otra plural para el nominativo, acusativo, genitivo y dativo, sufrió una rápida pérdida de los mismos. Esto se explica, en parte, por la convivencia con el francés que prácticamente no conservaba nada de su antiguo sistema flexivo. Como apuntamos anteriormente, esto contrasta notablemente con la situación de otras lenguas germánicas como el alemán, que mantienen todavía parte de su antigua declinación. Finalmente, para no aburrir al lector profano en materia lingüística incluiremos un solo ejemplo más sobre la importancia de la influencia del francés en la forma actual del inglés. El sufijo francés *-able*, *-ible*, que se añade a

verbos para formar adjetivos y que está cargado semánticamente con el significado «cualidad de ser capaz de» entró formando parte de varios adjetivos, como por ejemplo *measurable* ‘mensurable’ y *reasonable* ‘razonable’. Al mismo tiempo el inglés recibió los verbos que componen la base de estas palabras *measure* ‘medir’ y *reason* ‘razonar’, por lo que pudieron interpretar y aislar dichos morfemas y añadirlos a verbos de origen germánico como *drink* ‘beber’ > *drinkable* ‘bebible’. Por lo que tal y como señala Teodora Bynon (1981), el inglés adquirió no sólo nuevos elementos léxicos sino estrategias de innovación léxica que han perdurado hasta nuestros días.

5. RECONQUISTANDO SU DOMINIO

El siglo XIII es el momento en el que la producción literaria en inglés comienza a hacerse su sitio en la escena creativa. Cuando hablamos de producción literaria no sólo nos referimos a obras originales sino a la traducción de obras francesas. Un buen ejemplo en este sentido lo constituye el éxito que alcanzó *Sobre Arturo y Merlín (Of Arthur and of Merlín)*. Tal como lo explica Curran: «Entre los siglos XIII y XIV, la perspectiva editorial con respecto a la lengua inglesa hace un brusco viraje, desde un lamento por su estatus de lengua de segunda a una postura claramente más defensiva (2002: 162)». En lo que se refiere a documentos de carácter jurídico, las Provisiones de Oxford impuestas a Enrique III se publicaron tanto en Inglés como en francés.² Este hecho refleja la realidad lingüística del país en el momento; se hablaba inglés en la calle y un documento con profundos efectos en la historia del país tenía que reflejar la lengua que hablaban los súbditos de dicho país. En cualquier caso, es necesario señalar que este documento bilingüe constituye un hito en la época en lo que concierne al uso de la lengua inglesa. Es todavía un hecho aislado, aún el francés sigue siendo una lengua de prestigio. De hecho instituciones religiosas y universitarias menosprecian el uso del inglés como lengua de comunicación diaria, y exaltan el francés como vehículo de cultura y señal inequívoca de educación superior. Una vez más la política determina esta presión sobre la lengua vernácula y en 1332 el Parlamento aprueba un decreto instando a la alta burguesía y a comerciantes de peso a que formasen a sus hijos en francés. Sin embargo, un lector sutil podrá interpretar entre líneas que esta defensa institucional del francés responde al creciente protagonismo del inglés.

Los pasos de la lengua inglesa para recuperar su estatus como lengua oficial fueron seguros pero lentos. Este hecho lo ilustra: en 1362 se celebró la primera sesión parlamentaria en inglés, sin embargo las actas de dichas sesiones todavía se siguen escribiendo en francés. Era evidente que a pesar de que la escena lingüística del país era cada vez más inglesa, el francés se había instalado un santa

² Las Provisiones de Oxford fueron aceptadas por parte de Enrique III a cambio de recibir ayuda económica por parte de sus barones. Para muchos constituyen la primera constitución escrita que hubo en Inglaterra.

sanctorum lingüístico del cual era difícil despojarle. De hecho, como comentábamos más arriba, las Provisiones de Oxford de 1258 todavía pueden atildarse de fenómeno aislado en el apoyo institucional a la lengua inglesa. Haría falta todavía un siglo para que la conciencia lingüística fuese irrevocable. Así lo demuestra en 1385 el insigne escritor John de Trevisa, en su traducción de la obra escrita en latín por Ranul Higden el *Polychronicon*, argumenta que el problema ya no es la rivalidad entre el francés y el inglés; es más al igual que otros intelectuales de la época incluso lamenta que no se promueva el bilingüismo. La cuestión a tratar ya es la ausencia de una lengua inglesa estándar (Freeborn 2006). Es decir, en este momento ya no se plantea cuál es el papel del francés con respecto al inglés, sino cuál va a ser la forma que la lengua inglesa debe tomar en su vertiente escrita y sobre todo formal. Este interés levanta acta de que el futuro del inglés está delineado.

La producción literaria de la época, así como los documentos de ámbito doméstico, como las cartas familiares, que se conservan muestran una impresionante variedad dialectal. Esta variedad dialectal no se limita a simples distinciones alofónicas sobre un determinado fonema como podemos distinguir entre el castellano que se habla en Castilla frente al que se habla en Extremadura y Andalucía, aparte de otras peculiaridades léxicas. Las diferencias son tan acusadas que el entendimiento entre hablantes de diferentes zonas podía llegar a ser complicado, y llegan hasta tal punto que podemos encontrar incluso diferentes pronombres personales. En efecto, por ejemplo en textos del Norte encontramos como pronombre plural de tercera persona *they* 'ellos, ellas', de origen escandinavo. Mientras, en los textos del Sur perduró durante mucho más tiempo el pronombre anglosajón *hie* 'ellos, ellas'.

De todos modos, tuvo que ser de nuevo un acontecer histórico de gran impacto en el país el que diera finalmente al inglés su dominio en todos los ámbitos administrativos y jurídicos. Hacía falta un ímpetu que vino de la mano de la Casa de Lancaster, y más específicamente de Enrique V. En 1415 este rey retomó la guerra con Francia que produjo una oleada de sentimientos nacionalistas pro-británicos. A efectos prácticos un gesto dio un impulso definitivo a la lengua inglesa; el rey desde Francia enviaba cartas escritas precisamente en inglés describiendo el progreso de la guerra. A esta correspondencia se la denominó genéricamente *las cartas selladas*. Hasta la muerte del monarca en 1422, toda su correspondencia privada prácticamente se redactó en inglés y fue gestionada por la institución que se dio en llamar *Oficina del Sello*. Todas estas cartas llevaban el sello personal del rey y muchas de ellas fueron escritas a mano por él, por lo que es evidente que la idea de utilizar el inglés fue una opción personal del monarca. A partir de aquí el camino del inglés como lengua oficial estuvo totalmente definido. Había sido la acción y la opción de un monarca los que habían determinado el nuevo estatus de la lengua inglesa.

El creciente contacto de Inglaterra con el exterior, con el consiguiente incremento de textos publicados por la Cancillería en Inglés a finales del siglo XIV, ha-

cía necesaria la unificación de una lengua escrita estándar, que sortease toda la variación dialectal. El inglés de Londres parecía el candidato perfecto para tal fin. Una vez más los acontecimientos socio-políticos como veremos a continuación contribuyeron a su consolidación en este sentido. Westminster y Londres progresivamente fueron robando protagonismo a Winchester en lo que se refiere al asentamiento de organismos oficiales. Fue fundamental en este sentido el traslado de Winchester a Westminster del Exchequer por parte de Enrique II.³ Además, aquí se estableció la Cancillería. Finalmente, Westminster se convirtió en corazón del aparato administrativo del Estado. Todo esto condujo al crecimiento en importancia de la ciudad de Londres (Blake 1998). Aunque la variedad de Londres por su ubicación geográfica presentaba características típicas de los dialectos del Sur la llegada masiva de inmigrantes de la zona que conocemos como East Midlands afectó a la lengua de manera que adquirió características lingüísticas propias de aquella zona.

6. CONCLUSIÓN

Este epílogo tiene sobre todo como objeto hacer énfasis en el hecho de que el lenguaje es un fenómeno sumamente complejo precisamente por el sinnúmero de circunstancias que determinan su evolución. Esto hace de la lingüística una ciencia con muy bajo nivel de predictibilidad. Es complicado saber cómo la expansión del inglés como lengua franca determinará cambios en el inglés estándar de aquí a cien años, por ejemplo (Graddol 2001). Esta situación obliga a un lingüista a prestar atención a dinámicas que van más allá de las que se consideran prototípicamente lingüísticas. Es decir, se trataría de saber si existen motivos, tal vez mal llamados, «externos» a la lengua que subyacen a un determinado cambio.

Como hemos podido ver en esta somera descripción de unos cuantos siglos en la vida de la lengua inglesa, es difícil estudiar la historia de una lengua sin tener en cuenta los fenómenos históricos que acaecieron a la comunidad que la habla. En otras palabras, es imposible adquirir conocimientos en la historia de cualquier lengua si no se tienen en cuenta los sucesos históricos que acompaña a una nación u otra designación política que haga referencia a una comunidad amalgamada por el uso de una misma lengua. Esto pone de manifiesto la necesidad de la multidisciplinaridad en el estudio de los fenómenos puramente humanísticos. En el caso concreto de la lengua, es imposible dejar de lado la información y lo que es más, las soluciones que proporcionan otras ciencias sociales. La interacción entre lengua e historia es especialmente obvia en el caso de pueblos que han tenido un papel relevante en la historia universal con todos los avatares y acontecimientos que suelen acompañar a dicha preponderancia histórica.

³ El Exchequer era un Departamento Gubernamental encargado de gestionar el erario público.

Aunque este artículo ha hecho énfasis en el estudio diacrónico de la lengua, no sólo es este aspecto de la investigación lingüística altamente dependiente del factor histórico. Un estudio sincrónico que tenga, por ejemplo, como objeto de estudio las variedades de habla por clase social en una determinada zona, tampoco puede dejar de lado los pormenores socio-históricos que han conducido a la conformación de dicha variación.

La interacción entre las llamadas ciencias humanísticas sólo puede redundar en el beneficio del conjunto. En este sentido, constituye un excelente ejemplo la escuela cognitivista que reconoce y aplica en su investigación la premisa de que no podemos llegar hasta los entresijos el lenguaje sin dejar de considerar en todo momento que es un fenómeno puramente humano. De esta forma, es necesario tener en cuenta lo que sobre el hombre nos dice otras ciencias que lo tienen como objeto de estudio; nos referimos a la psicología, la antropología, la filosofía, la sociología, y por supuesto la historia.

REFERENCIAS

- Baugh, Albert y Thomas Cable. 2006. *A History of the English Language*. London: Routledge.
- Bernárdez, Enrique. 1999. *¿Qué son las lenguas?* Madrid: Cátedra.
- Blake, Norman. 1998. *A History of the English Language*. London: Macmillan.
- Bynon, Theodora. 1981. *Lingüística Histórica*. Madrid: Gredos.
- Curran, Terrie. 2002. *English from Cædmon to Chaucer*. Illinois: Waveland.
- Encyclopædia Britannica*. 2004. CD-ROM.
- Freeborn, Dennis. 2006. *From Old English to Standard English*. London: Macmillan.
- Graddol, David. 2001. *History of the English Language: History, Diversity and Change*. London: Routledge.
- Tejada, Paloma. 2001. «El cambio lingüístico» en Cruz Cabanillas, I. Y Francisco J. Martín Artista (eds.). *Lingüística histórica inglesa*. Barcelona: Ariel.